

Santos y Tánatos

Juan Antonio Isla Estrada

- El origen de las conmemoraciones, su importancia en la cultura oriental y su extensión a Occidente.
- El sentido de la muerte para el pensamiento de los poetas, el carácter exterminador de ciertos estadistas y el sincretismo cultural entre los mexicanos.
- Los muertos en Oaxaca.

En la tradición cristiana hoy se celebra a todos los santos y mañana se recuerda a todos los muertos. El origen de la primera conmemoración tiene su antecedente original en el año 607 cuando el papa Bonifacio IV consagró el Panteón romano (el templo de todos los dioses) como iglesia dedicada a la Virgen y a todos los mártires y le dio por nombre Santa María la Redonda. Eso ocurrió un 1º de noviembre, fecha en la cual los romanos honraban a todos los dioses, hasta el triunfo oficial del cristianismo. Esa celebración de los mártires fue luego extendida a todos los santos. Gregorio IV ratificó esta extensión en 835 y, siglos después, Benedicto XIV concedió a España, Portugal y a todas las iglesias americanas el privilegio de celebrar el día 2 de noviembre tres misas para los muertos. A principios del siglo XX, Benedicto XV lo ha extendido a todo el mundo católico.

Centramos nuestro comentario en el contexto histórico y significado de la celebración de los fieles difuntos. Como un primer elemento el historiador Jean Meyer nos recuerda que la Iglesia católica luchó para quitar a nuestros antepasados el miedo a los difuntos. Anteriormente los muertos se alejaban del pueblo, de la ciudad y sus sepulcros se encontraban afuera del espacio de los vivos, lo más lejos posible. La Iglesia repatrió a los muertos, enterrándolos en el templo, en el atrio, alrededor y al lado del templo, para reunir vivos y muertos en el lugar del culto.

Esa pedagogía fue completada en el siglo IX por la institución de un día especial (dos en realidad) para conmemorar a todos los fieles difuntos. Los monjes de Constantinopla fueron los autores de esa invención y fijaron como fechas el sábado que precede la octava semana antes de Pascua (la semana del Carnaval) y el sábado anterior a Pentecostés. Esa práctica oriental se occidentalizó en el siglo X cuando el abad benedictino Odilón de Cluny (998) decretó para su orden, que el día 2 de noviembre sería en adelante dedicado a la conmemoración de todos los muertos. Poco a poco esa fecha fue adoptada por toda la Iglesia católica. Odilón escogió esa fecha porque el día anterior era ya la fiesta de todos los santos. Después de las grandes persecuciones de los tres primeros siglos, las diversas iglesias cristianas celebraban en fechas diferentes a todos los mártires.

Venerar a los muertos y rezar por los difuntos es una tradición milenaria que viene desde el *Antiguo Testamento*. En el libro II de los *Macabeos* se puede leer que "es un pensamiento santo y saludable el rogar por los difuntos, a fin de que sean libres de sus pecados". Más tarde, Pablo en su epístola a los corintios escribe: "Hermanos, ved aquí un misterio que voy a declararles: todos a la verdad resucitaremos, mas no todos seremos mudados. En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, al sonido de la trompeta; porque sonará la trompeta y los muertos resucitarán". No todos los muertos son iguales, unos merecerían la gloriosa resucitación, los demás quedarán con sus huesos inertes y en polvo se convertirán.

En la mitología griega, Tánatos (del griego 'muerte') era la personificación de la muerte no violenta. Su toque era suave, como el de su hermano gemelo Hipnos, el sueño. La muerte violenta era el dominio de sus hermanas amantes de la sangre, las Keres, asiduas al campo de batalla. Su equivalente en la mitología romana era Mors.

Tánatos era una criatura de una oscuridad escalofriante. Homero y Hesíodo le hacían hijo de Nix, la noche, y gemelo de Hipnos, insinuando que ambos hermanos discutían cada noche quién se llevaría a cada hombre, o que el Sueño anulaba cada noche a los mortales en un intento de imitar a su hermano mayor. Desempeña un papel pequeño en los mitos, pues quedó muy a la sombra de Hades, el señor de los muertos.

Tánatos actuaba cumpliendo el destino que las Moiras dictaban para cada mortal. En una ocasión Admeto obtuvo de Apolo la gracia de que las moiras pudieran aceptar que cuando él estuviera a punto de morir, pudiera reemplazarle en su destino cualquier persona que lo aceptara voluntariamente. Cuando esto ocurrió, y tras recibir Admeto la negativa de sus padres, sólo su esposa Alcestis se ofreció a morir por él. Sin embargo Heracles retuvo a Tánatos por la fuerza, intentando persuadirle de que esperase a que a la joven le llegase su hora de fama natural. Tánatos repudiaba estas triquiñuelas de los dioses (especialmente Apolo) que interferían sus funciones, y tras esta pequeña derrota, reclamó el respeto debido y fue incluso capaz de llevarse al mismo Heracles cuando le llegó su turno.

En el arte, Tánatos era representado como un hombre joven con barba llevando una mariposa, una corona o una antorcha invertida en sus manos. A veces tiene dos alas y una espada sujeta a su cinturón.

Tradiciones, mitos, conocimientos y prejuicios vienen de griegos y romanos. Occidente estudia e interpreta tan voluminoso bagaje de símbolos y personajes. En el caso de la muerte diversos tanatólogos ofrecen sobre el misterio insondable de la muerte y sus significados profundos su personal explicación. Meyer cita James Frazer que escribía en su famoso libro de antropología *El miedo a los muertos*: "La gran mayoría de los hombres creen que la muerte no pone fin a su existencia consciente, sino que aquella sigue durante una temporada indeterminada o infinita, después que la frágil corteza corporal que había alojado un tiempo dicha conciencia ha sido reducida en polvo". Meyer menciona que el tanatólogo Frazer sostiene que cada pueblo teme, quiere, evoca, recuerda, alimenta, usa a sus difuntos; mantiene un comercio con ellos, les da un papel positivo en su vida, o los sufre como unos parásitos, o los trata como unos huéspedes más o menos deseables, les presta necesidades, intenciones, poderes.

De tal modo que poetas y médicos intentan descifrar los misteriosos significados de la muerte, mientras que para estadistas y militares la exploración sobre ese misterio carece de importancia. Esto es, en tanto los poetas indagan en el sentimiento, los exterminadores como Hitler y Stalin prefieren ignorar esa parte del sentido de la muerte. Para ellos la suma de los muertos era el referente de sus victorias.

En la teoría psicoanalítica, Tánatos es la pulsión de muerte, que se opone a Eros, la pulsión de vida. La "pulsión de muerte" identificada por Sigmund Freud, que señala un deseo de abandonar la lucha de la vida y volver a la quiescencia y la tumba.

En las culturas antiguas como la china y egipcia el culto a los muertos es un símbolo de unidad familiar. Les rendían culto construyendo templos y pirámides. En la cultura china por ejemplo, en los aniversarios, se quemaba incienso, se encendían candelas y colocaban ofrendas de alimentos sobre un altar. Eran los días en los que se recordaba a las grandes deudas que se tenían con los antepasados.

Los antiguos egipcios creían que el individuo tenía dos espíritus. Cuando se fallece, uno va al más allá y el segundo queda vagando en el espacio, por lo que tiene necesidad de comer. Consideraban que este espíritu vivía en el cuerpo que ellos cuidadosamente habían embalsamado, de esta manera el espíritu podía seguir existiendo. Este espíritu era quien recibía las ofrendas.

Entre los aztecas la fiesta de muertos está vinculada con el calendario agrícola prehispánico, porque es la única fiesta que se celebraba cuando iniciaba la recolección o cosecha. Es decir, es el primer gran banquete después de la temporada de escasez de los meses anteriores y que se compartía hasta con los muertos.

En la cultura Náhuatl se consideraba que el destino del hombre era perecer. Este concepto se detecta en los escritos que sobre esa época se tienen. Por ejemplo, existe un poema del rey y poeta Netzahualcóyotl (1391-1472): *Somos mortales todos habremos de irnos, / todos habremos de morir en la tierra / aunque fuerais de oro, / también allá iréis / al lugar de los descansos.*

Para los mexicanos la celebración de Todos los Santos y los Fieles Difuntos son dos fechas importantes para rendir, a través de rituales religiosos y ceremoniales ancestrales, culto a los antepasados.

Es el tiempo en que las almas de los parientes fallecidos regresan a casa para convivir con los familiares vivos y para nutrirse de la esencia del alimento que se les ofrece en los altares domésticos.

La celebración del Día de Muertos, como se le conoce popularmente, se practica a lo largo de la República Mexicana. En ella participan tanto las comunidades indígenas, como los grupos mestizos, urbanos y campesinos. El ritual conlleva una enorme trascendencia popular, su celebración comprende muy diversos aspectos, desde los filosóficos hasta los materiales.

La celebración de Todos los Santos y Fieles Difuntos, se ha mezclado con la conmemoración del día de muertos que los indígenas festejan desde los tiempos prehispánicos. Los antiguos mexicanos, o mexicas, mixtecas, texcocanos, zapotecas, tlaxcaltecas, totonacas y otros pueblos originarios de nuestro país, trasladaron la veneración de sus muertos al calendario cristiano.

Antes de la llegada de los españoles, dicha celebración se realizaba en el mes de agosto y coincidía con el final del ciclo agrícola del maíz, calabaza, garbanzo y frijol. Los productos cosechados de la tierra eran parte de la ofrenda. Al ser tocada esta fecha por la tradición indígena se ha convertido en fiesta, en carnaval de olores, gustos y amores en el que los vivos y los muertos conviven, se tocan en la remembranza.

El Día de Muertos, como culto popular, es un acto que lo mismo nos lleva al recogimiento que a la oración o a la fiesta; sobre todo esta última en la que la muerte y los muertos deambulan y hacen sentir su presencia cálida entre los vivos. Con nuestros muertos también llega su majestad la Muerte; baja a la tierra y convive con los mexicanos y con las muchas culturas indígenas que hay en nuestra República. Su majestad la Muerte, es tan simple, tan llana y tan etérea que sus huesos y su sonrisa están en nuestro regazo, altar y galería.

Hoy también vemos que el país y su gente se visten de muchos colores para venerar la muerte: el amarillo de la flor de cempasúchil, el blanco del alhelí, el rojo de la flor afelpada llamada pata de león... Es el reflejo del sincretismo de dos culturas: la indígena y la hispana, que se impregnan y crean un nuevo lenguaje y una escenografía de la muerte y de los muertos.

Hay que decir que nuestras celebraciones tienen arraigo y recorren los caminos del campo y la ciudad. Oaxaca, con sus miles de indígenas, es ejemplo claro del culto, gustos culinarios, frutas y sahumerios; es el día en que los muertos regresan a casa.

En Oaxaca hoy la celebración tiene una especial importancia. El centro de la capital está tomado por la policía. Decenas de muertos han caído por la ineptitud del gobierno local y la pasividad del gobierno federal que se decidió a intervenir luego que el viernes 27 cayó abatido un camarógrafo estadounidense, lo que motivó una llamada del embajador norteamericano al Presidente Fox.

Pero no politicemos tradiciones y rituales. Oremos por nuestros muertos. Apaguemos el fuego y prendamos incienso. Oremos por la paz.